

CAMBIO SOCIOCULTURAL Y ACCION POLITICA EN EL PROBLEMA DE LOS REGIONALISMOS

Por JACINTO CHOZA

1. PLANTEAMIENTO DEL TEMA

El regionalismo aparece en el seno de algunas naciones europeas como un problema político porque se manifiesta en la forma de contestación a la soberanía del Estado, y, en ocasiones, como es el caso del Reino Unido y de España, con estrepitosa violencia. Estas características del fenómeno legitiman su consideración como problema político, sin duda alguna, pero la dimensión política no es la única, y quizá tampoco la más radical, del problema en cuestión.

El regionalismo es también, y sobre todo, un fenómeno sociocultural, y en este sentido cabe considerarlo desde una perspectiva antropológica que, ulteriormente, podrá ser articulada con la perspectiva política.

Desde un punto de vista sociocultural, el regionalismo aparece como un problema porque se manifiesta como la búsqueda, por parte de un grupo humano, de su propia identidad colectiva. Dicha búsqueda tiene el carácter de un problema, en primer lugar, porque implica que la identidad que anteriormente se poseía no es concordante y no se adecua con lo que actualmente se es o se quiere ser: la búsqueda es indicio de que se han producido, en el proceso del cambio sociocultural, una serie de transformaciones en virtud de las cuales las expresiones objetivas en las que el grupo se reconocía satisfactoriamente a sí mismo en tanto que grupo, ya no sirven adecuadamente a la función de autorreconocimiento satisfactorio.

* Este trabajo ha sido realizado con la ayuda de una beca concedida por la Fundación Ford.

En segundo lugar, esa búsqueda tiene el carácter de un problema en el mismo sentido en que lo tiene toda actividad *poética*, o sea, artística: se trata de partir de lo captado de manera pre-objetiva y oscuramente inmediata (sentimental, si se quiere), para llevarlo a una expresión objetiva y simbólica tal que permita poseerlo y proseguirlo, o sea proyectarlo y desarrollarlo de manera satisfactoria. Se trata, pues, del problema de buscar, encontrar, expresar y poseer, sin que el objeto de esas actividades esté dado *a priori* en ninguna parte, siendo posible no dar con él o dar con uno que no sea adecuado o satisfactorio respecto al punto de partida.

En tercer lugar, la búsqueda tiene el carácter de un problema en cuanto que lo que hay que encontrar (*inventio*) hay que inventarlo, y hay que inventarlo a costa de, o en conflicto con, la realidad jurídico-social de la *nación-estado*, es decir, en conflicto con otro invento que se consolidó configurando de una determinada manera factores que han de articularse de manera diversa en la nueva configuración que se busca. En este tercer momento es cuando el regionalismo aparece explícitamente como un problema político, cuya solución se intenta a través de la acción política.

Como es obvio, la segunda y tercera fases de este problema dependen de la primera: ¿por qué se busca la propia identidad?, ¿por qué el desasosiego y la inquietud respecto a lo que expresa y pauta lo que se es? Obviamente, por la discordancia entre lo que se es y lo que lo expresa y lo pauta. Esta discordancia se puede llamar crisis de identidad, pérdida de la autoposesión objetiva de la identidad anterior o de otras varias maneras.

El hecho de la discordancia puede, por supuesto, adoptar diversas modalidades. Por ejemplo, en el caso de la crisis de la conciencia cristiana, la discordancia se puede producir cuando un grupo de pautas prefiguradoras de conductas o de valoraciones resulta inaplicable o inoperante por modificación del contexto sociocultural: en la medida en que tales pautas estaban contenidas en la definición de lo que es ser cristiano, un grupo de individuos puede quedar perplejo respecto de lo que es ser cristiano, de lo que debe ser en tanto que cristiano y respecto de si lo puede ser.

Si se toma otro caso, no de desgaste de una definición de la identidad colectiva, sino de formulación de una definición por primera vez, la crisis de identidad se puede producir porque la definición no contenga pautas prefiguradoras de conductas o de valoraciones para el grupo humano en cuestión. Por ejemplo, un yoruba sabe lo que significa ser yoruba: cómo debe comportarse y lo que se espera de él en tanto que yoruba, pero no tiene el mismo grado de certeza ni la misma cantidad de conocimientos respecto de lo que significa ser nigeriano (ni antes, ni después de la guerra civil de Nigeria de 1967 a 1970).

Como se advierte en estos dos ejemplos, la discordancia entre lo que se es y las objetividades socialmente reconocidas que lo expresan y lo pautan, provoca un desasosiego y una inquietud que no se resuelve hasta que la discordancia disminuye por debajo de un determinado umbral. Estos dos ejemplos, elegidos deliberadamente, son heterogéneos del caso de los regionalismos europeos, y por eso ayudan a encuadrar estos últimos dentro del marco más general del problema de la constitución, pérdida y transformación de las identidades colectivas.

Ser cristiano, ser palestino, ser demócrata, ser irlandés, ser militar, etc., cuando no se sabe o no se puede realizar el significado de esos adjetivos, plantea problemas de identidad colectiva que a ciertos niveles de generalidad pueden ser los mismos para todos los casos y que, fuera de esos niveles, presentan perfiles diferentes para cada uno de ellos.

En el caso de los regionalismos europeos, el problema consiste en la necesidad de formular de nuevo la propia identidad porque la que anteriormente se poseía resulta inadecuada. Más en concreto, aparece como coercitiva. ¿Por qué acontece esto?

Para responder adecuadamente a esta pregunta hay que hacer algunas precisiones metodológicas, es decir, algunas alusiones a las herramientas conceptuales que resultan más útiles al efecto. No voy a emplear las categorías de *superestructura* ni de *reificación* de Marx porque connotan un cierto carácter de falsedad respecto de los productos culturales o un cierto carácter de provisionalidad respecto de lo que ha de advenir como definitivo. Por esta segunda connotación, también me parece poco adecuada la categoría hegeliana de *alienación*.

Recientemente E. T. Hall ha propuesto, basándose en parte en M. McLuhan, el concepto de «*extensión transference (ET)*», con el que designa la confusión entre la expresión objetiva externa de procesos psíquicos y mentales, y la realidad de tales procesos (1). Con este concepto Hall explica bien fenómenos de alienación, crisis de identidad, etc., en el seno de los procesos socioculturales. Sin embargo, el concepto de ET, tal como lo acuña Hall, tampoco me parece adecuado porque connota «confusión», o sea falsedad.

Pero en el fenómeno del nacionalismo y del regionalismo, es decir, en el de las configuraciones de identidades colectivas, si se parte de cualquiera de las categorías antedichas se establece el presupuesto de la falsedad, el error, la ilegitimidad o la provisionalidad respecto de la nación, del estado y de la región. Como, por una parte, establecer tales presupuestos es prejuzgar demasiado y, por otra, hay razón suficiente para admitir la legiti-

(1) Cfr. E. T. HALL: *Beyond culture*, Anchor Press, New York, 1977, págs. 28 y sigs.

dad de productos culturales tales como nación, estado y región, voy a usar la categoría de *proceso de configuración poética* para explicar el conflicto entre ellos.

El concepto de *configuración poética* fue acuñado para dar cuenta de los procesos socioculturales por Vico. Dicho concepto contiene factores que pasaron a formar parte de los sistemas conceptuales de Hegel y Marx, y factores que han sido utilizados por T. Parsons para elaborar el suyo propio, del cual a su vez arranca Clifford Geertz para abordar el problema de la identidad de las recientes naciones de Asia y Africa, y proponer tesis que explican y hacen comprensibles los hechos en un grado suficiente (2).

El concepto de *configuración poética*, en su formulación inicial por Vico, me parece que es el más adecuado para abordar el problema que aquí se plantea porque tiene suficiente amplitud y neutralidad (3).

Hechas estas aclaraciones, paso a abordar el problema en los siguientes apartados:

2. ¿Cómo se configuró la identidad colectiva que ahora resulta insatisfactoria? ¿Por qué resultaba satisfactoria antes? ¿En virtud de qué tenía consistencia? Es el tema de la configuración del binomio nación-estado.
3. ¿Por qué se debilita la identidad hasta ahora vigente? ¿Cómo son las manifestaciones de ese debilitamiento? ¿Cuáles podrían ser las características de la nueva identidad que se requiere? Es el problema del regionalismo como búsqueda de identidad colectiva.
4. ¿En qué medida la acción política es una vía de solución al problema? ¿Qué sería una acción política razonable a este respecto? Es la cuestión del alcance y límites de la acción política.

2. LA CONFIGURACION DEL BINOMIO NACION-ESTADO

Sobre la aparición de las naciones, del estado moderno y sobre la relación entre ambos, hay bibliotecas enteras compuestas por tratados de historia, sociología, ciencia política y filosofía jurídica y social. Aquí se trata de ver uno de los aspectos que el enfoque antropológico del tema pone de manifiesto: el de la configuración de una conciencia colectiva autoconsciente de su identidad por referencia al binomio nación-estado.

(2) Cfr. C. GEERTZ: *The interpretation of cultures*, Basic Books, New York, 1973.

(3) Creo haber mostrado esas características del concepto de configuración poética de Vico en mi estudio «Reflexión filosófica y desintegración sociocultural en la antropología de G. B. Vico», en *Anuario Filosófico*, XIV-2, 1981.

Se suele admitir comúnmente que son los pensadores del siglo XVII, y en especial Hobbes, Spinoza, Grocio y Puffendorf, los que formulan la posibilidad de establecer un orden jurídico y social con arreglo a un diseño racional de sociedad elaborado en el plano teórico. Más que ilustrados son precursores de la Ilustración, punto de arranque de lo que más tarde sería, en el plano intelectual, el pensamiento iluminista y, en el plano político, el despotismo ilustrado. Se puede suponer que la obra de Hobbes, Spinoza y de los pensadores de la Ilustración constituía la expresión objetiva que brindaba cauce y reforzaba en su intensidad a un conjunto de fuerzas con alta vigencia social, las cuales a su vez nutrían el proceso de formulación de expresiones objetivas en el campo del pensamiento filosófico, de la promulgación de leyes y de la creación de instituciones políticas, económicas, científicas, industriales, etc. Y se puede suponer que entre fuerzas sociales y expresiones objetivas se estableció una relación de *feed-back*, cuyo momento de máxima consistencia e intensidad puede ser el romanticismo del siglo XIX.

En ese momento la conciencia colectiva alcanza una autoconciencia de su identidad por referencia al binomio nación-estado que resulta máximamente satisfactoria.

Por supuesto, no pretendo que este esquema conceptual acoja perfecta y exactamente el proceso histórico que va del siglo XVII al XIX. Hay expresiones objetivas y fuerzas sociales que no guardan entre sí una relación como la del modelo hipotético que he trazado, pero este modelo es útil para explicar la relación entre otras fuerzas y otras expresiones objetivas que se consideran muy constitutivas de ese período.

¿Por qué podía resultar satisfactoria esa autoconciencia de la propia identidad? Porque había ajuste entre determinadas fuerzas sociales vigentes y los dispositivos institucionales que encauzaban esas fuerzas.

Esta respuesta se ha dado en términos de fuerte resonancia mecanicista, y como en la mecánica no tiene sentido el concepto de «satisfacción» ni el concepto —que le es solidario— de «conciencia», resulta más comprensible responder por referencia a la categoría de *configuración poética* en los siguientes términos: Esa autoconciencia de la propia identidad resultaba satisfactoria porque había concordancia entre unos deseos colectivos y unas expresiones objetivas (institucionales y culturales en general), en las cuales esos deseos alcanzaban un cauce para su satisfacción, es decir, para lograr el fin hacia el que oscuramente apuntaban.

El proceso de la creación poética puede ser descrito como el esfuerzo para expresar un *oscuro impulso* mediante las palabras más adecuadas o menos inadecuadas. El que expresa se encuentra como agitado o constreñido por una especie de demonio, que inicialmente no tiene rostro, y la expresión

es una especie de exorcismo que tiene las características de una cierta liberación (4).

¿Qué tipo de oscuros impulsos están a la base de los nacionalismos estatistas?

En primer lugar, el impulso a constituirse como sujeto, cuyo primer movimiento es, tal como señala Hegel muy precisamente, la autolimitación, que significa a la vez el primer momento de la libertad. La autolimitación es el abandono de la existencia indeterminada, del existir confundido o disuelto en un conjunto difuso: es la autodeterminación y la autoafirmación, y por eso es también libertad. En el plano de la formación de las naciones-estado esto significa fronteras, independencia y soberanía, lo cual queda también expresado en la noción de «sociedad perfecta».

Por supuesto, entre esos *oscuros impulsos* entran también en intrincada amalgama las creencias religiosas, los principios éticos, las corrientes estéticas, las tradiciones jurídicas, los intereses económicos y de clases, la lucha por el poder, etc. Pero si se toman estos dos últimos factores como los únicos reales y como los determinantes de las expresiones objetivas, entonces éstas aparecen como superestructuras ilegítimas (como ideología, en el sentido que le dio Marx al término). Desde este punto de vista la nación y el estado aparecen como lo ilegítimo, lo alienante, lo falso, etc., como si no fueran expresiones de un fondo y de una fuerza realmente común, vinculante de todas las individualidades.

Esta es la razón por la cual los nacionalismos y los regionalismos constituyen un problema para las doctrinas y las políticas socialistas, las cuales, al encontrarse con ellos en tanto que fuerzas reales, o las apoyan tácticamente o, si las asumen realmente, introducen alguna modificación en su estructura doctrinal. Y ésta es también la razón por la cual dije al principio que no me parecía adecuado el concepto de superestructura para abordar el problema de los regionalismos.

Los oscuros impulsos de los que brotan las naciones-estado constituyen un fondo y una fuerza realmente comunes y vinculantes de todas las individualidades, por encima o más bien por debajo de las fuerzas e intereses específicos de los diferentes sectores sociales. Por eso, aunque se pudiera decir que el nacionalismo de Kipling, por ejemplo, fuera expresión del punto de vista de un sector social, sería inexacto decir que no expresaba también el nacionalismo de toda la sociedad británica. Este carácter del nacionalismo

(4) «I don't believe that the relation of a poem to its origins is capable of being more clearly traced», T. S. ELIOT: *On poetry and poets*, The Noonday Press, New York, 3.^a ed., 1976, pág. 107.

como fuerza y fondo común y vinculante puede verse con más claridad en la obra de Hölderlin, cuyos protagonistas fundamentales son la tierra y el pueblo, y sobre todo en la guerra de la independencia española contra las tropas napoleónicas, que tanto entusiasmaba a Fichte porque expresaba la fuerza y la autodeterminación de un pueblo-nación como tal, es decir, sin estado y sin gobernantes.

Los ejemplos se podían acumular ampliamente, pero no es necesario. Se trata de fuerzas de esas características, de una potencia tremenda, sin las cuales no se explicarían —y quizá no se hubieran producido— según la opinión de Jouvenel, las dos guerras mundiales (5).

En la medida en que esa fuerza-deseo era como se ha descrito, la frontera, la independencia y la soberanía constituían expresiones satisfactorias porque eran ya afirmación de la propia identidad colectiva y de la propia libertad, y además, cauce abierto para la fecundidad del propio ser.

Estos productos culturales implicaban, además, un coeficiente de incremento de la satisfacción porque reforzaban el deseo colectivo, en tanto que deseo y en tanto que colectivo. En efecto, si se supone que el deseo en cuestión no tiene las características de la pulsión freudiana, cuyo destino es extinguirse una vez satisfecha, sino de lo que Platón llama *eros*, cuyo destino es la fecundidad, y que implica lo que Aristóteles llama hábito (*hexis*), entonces la satisfacción del deseo en términos de fecundidad lleva consigo un incremento del deseo como aumento de la capacidad poética, o sea, expresivo-creadora. Se trata de la relación de *feed-back* antes mencionada.

Por otra parte, se refuerza el deseo en tanto que *colectivo* porque lo hecho es expresión objetiva de la vinculación de los sujetos, es decir, de su unidad, de manera que ésta queda asumida conscientemente, sabida, y la fecundidad que lo expresado permite es fecundidad de esa unidad. Si esto es así, resulta, por hipótesis, que el momento de culminación de la nación-estado sería el momento en que los problemas del regionalismo más difícilmente podían plantearse.

Naturalmente, el destino de este proceso no tiene por qué ser el señalado por Hegel. De hecho, no lo ha sido. El modo en que las naciones-estado integraban en sí, repelían o quedaban simplemente yuxtapuestas a las corrientes de tipo religioso, ético, estético, jurídico, económico, etc., era distinto en cada caso según las características socio-culturales de cada colectividad y según la impronta personal que los artífices de las naciones-estado dejaron en lo que fue la configuración cultural e institucional de éstas. Por otra parte,

(5) Cfr. BERTRAND DE JOUVENEL: *El origen del estado moderno*, EMESA, Madrid, 1977, pág. 401.

el proceso de configuración de las naciones-estado no se puede considerar como necesario (tal hipótesis resultaría, al menos, inverificable), sino probable, con diverso grado de probabilidad en cada caso.

Pues bien, si el binomio nación-estado fue una expresión objetiva satisfactoria, o sea, que reforzaba unos impulsos colectivos, en tanto que colectivos y en tanto que impulsos, se puede suponer también que era más consistente mientras más corrientes de las mencionadas integraba en sí.

A la pregunta ¿en virtud de qué tenía consistencia la identidad establecida por referencia al binomio nación-estado?, hay que responder: en virtud de aquello por lo que resultaba satisfactoria.

Si ahora hubiera que determinar el centro de gravedad de esa consistencia —o sea, aquello cuyo debilitamiento podría provocar la emergencia de otras corrientes en conflicto con la nación-estado— arriesgaría, como hipótesis, que dicho centro de gravedad vendría dado por la intersección de estos dos factores: 1) la fe en la razón, en la realización de un diseño racional de la sociedad, y 2) una conciencia histórica muy acusada, que adoptaba la forma de conciencia de la misión histórica de los pueblos. Esto vinculaba a las conciencias individuales y les hacía arraigar en el futuro. Por eso se puede decir que el hombre de los siglos XVIII y XIX está arraigado en el futuro.

Desde luego no es evidente la tesis de que esos dos factores constituyan el centro de gravedad de las naciones-estado. Pero aparece como verosímil si se considera, por una parte, que los regionalismos emergen cuando esa fe en la razón y esa fe en el futuro son muy débiles y, por otra, que esos dos factores podían aglutinar y encauzar, dentro del impulso a constituirse como sujeto colectivo, un cierto número de las corrientes antes señaladas.

En efecto. La fe en la razón y en el futuro implican en alto grado conciencia de sí y voluntad de ser en tanto que colectividad delimitada (fronteras, independencia y soberanía), o sea, afirmación de sí y proyección de sí en tanto que colectividad, ya que lo que se entrevé como realizable o se aspira a realizar es lo suficientemente grandioso como para considerarlo tarea de muchos, o más exactamente, «misión» de un pueblo. Si se supone que un momento primordial de ese proceso es la autolimitación y la autoconfiguración según un *diseño racional de sociedad* (similar al apuntado por Hobbes, Spinoza o Rousseau, por ejemplo), entonces la nación-estado aparece como lo máximamente unitario si el estado es absoluto, y se considera expresivo y ejecutivo de una voluntad general y de una racionalidad general: el derecho puede ser racional y codificarse, el territorio se puede estructurar administrativamente de modo racional, la industria puede nacer y desarrollarse como fuerza racional de la nación, como industria nacional (no en el

sentido de nacionalizada, sino en el de contrapuesta a la «multinacional» del siglo xx).

Por otra parte, se puede considerar que esta configuración de la propia identidad en función del binomio nación-estado era apta para integrar en sí otros impulsos de diversa índole. La religión podía integrarse en la nación-estado, bien por asumir el estado la representación y la tutela de las creencias e instituciones religiosas en la forma de Iglesia «nacionalizada», de confesionalidad del estado, etc., bien por sustituir el estado mismo al contenido de las creencias religiosas, de manera que la fe en la religión pasara a adoptar la forma de fe en la razón y fe en el futuro como fe en el estado. En este segundo caso se trataría de la afirmación de Feuerbach de que el estado no surge de la fe en Dios, sino de la desconfianza en Dios; en el primer caso, en cambio, se trataría de un estado que sí surge también de la fe religiosa propiamente tal. Por supuesto, existen asimismo los casos en que el binomio nación-estado no integra la religión, sino que se configura en conflicto con ella. En estos casos, por hipótesis teórica, el binomio tendría un contrafuerte menos, o un punto débil más.

La configuración nación-estado podía integrar también los valores éticos y estéticos más en alza, las tradiciones jurídicas, los intereses económicos y de clases, etc., proyectándolos hacia un futuro más pleno, y en la medida en que lo consiguiera podía tener un factor más o un factor menos de consistencia.

En cierto modo, ése es un rasgo muy característico de las llamadas ideologías de los siglos XVIII y XIX: aspiración a una integración en sistema racional de la mayor cantidad posible de factores socioculturales, aspiración a realizarla en el futuro y aspiración expansionista que adopta la forma de afirmación de la nacionalidad o de superación de ella.

Naturalmente lo que se acaba de exponer es un modelo teórico, que tiene diversa consistencia en cada uno de los diferentes países europeos y en cada uno de los hombres que contribuyeron a expresar el genio nacional, según la idiosincrasia respectiva.

En Comte y Marx, por señalar dos pensadores bastante opuestos, la fe en la razón y en el futuro está más inclinada a la superación de las nacionalidades que a su afirmación, lo que no significa que tal fe tuviera esas mismas características en el conjunto de la población francesa o alemana, ni en la mente y la acción de Talleyrand o Bismark.

Ahora corresponde ver el debilitamiento de esa consistencia y, en correlación con él, la emergencia del problema de los regionalismos.

3. EL PROBLEMA DEL REGIONALISMO COMO BUSQUEDA DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

El resurgir del regionalismo como búsqueda y afirmación de la identidad colectiva pone de manifiesto que la anterior definición de la propia identidad se ha debilitado o disuelto, que resulta insatisfactoria o coercitiva. ¿Por qué ese debilitamiento? Obviamente por debilitamiento de la conexión entre deseo e ideal, entre *impulsos oscuros* y expresión-encauzamiento cultural e institucional de los impulsos.

Por supuesto, esta tesis es válida para los estados-naciones de Europa, no para los de Africa: el acuerdo de la Organización de Estados Africanos de no plantear problemas de fronteras y de mantener a toda costa las demarcaciones territoriales vigentes, se hace desde la conciencia clara de que los estados-naciones africanos son por el momento artificiales. Estas *naciones-estados*, por tanto, nunca han sido y todavía no son expresiones culturales en las que poblaciones de grupos heterogéneos puedan reconocer su identidad colectiva, sino expresiones de la voluntad estatal, siendo el estado expresión de la voluntad de independencia de las poblaciones (6).

Pues bien, si hay un debilitamiento de la conexión entre deseo e ideal, entre impulso y expresión cultural, ello significa que el deseo colectivo de identidad se ha debilitado en tanto que deseo y en tanto que colectivo: precisamente porque la fuerza de la conexión entre deseo e ideal era lo que reforzaba el deseo en esa doble dimensión suya. Las expresiones culturales de la unidad colectiva no son adecuadas al deseo de unidad colectiva tal como se encuentra en la nueva situación: no lo satisfacen, no lo encauzan y no lo refuerzan, y, en esa misma medida, el deseo se debilita o se extingue.

Manifestaciones de ese fenómeno son la disminución o la falta de entusiasmo ante los símbolos plásticos y verbales de la nación-estado, y, en general, ante la liturgia y la retórica del patriotismo, un incremento de la indiferencia hacia la actividad política de los que gobiernan la nación-estado y hacia las ideologías que los gobernantes representan, es decir, un distanciamiento excesivo entre la acción política de los gobernantes y la vida social real de los ciudadanos. En correlación con esos debilitamientos y dis-

(6) La diferencia entre independencia e identidad colectiva se pone de manifiesto, en estos nuevos estados-naciones, por el hecho de que después de obtenida la independencia y estando ya en pacífica posesión de ella, los problemas que se plantean son precisamente los de los regionalismos, los de la discordancia entre los diversos intentos de definir la identidad colectiva. Cfr. C. GEERTZ: «After the Revolution: The Fate of Nationalism in the New States», en *op. cit.*, págs. 234-254.

tanciamientos, se puede señalar también el desarrollo de una liturgia y una retórica del patriotismo que no tiene por objeto la nación, sino precisamente la región, y que sí despierta entusiasmos y los refuerza.

He aquí, pues, algunas de las manifestaciones del debilitamiento de la identidad colectiva hasta ahora vigente. Si se pregunta por las causas de ese debilitamiento, se podría decir recordando a Durkheim, que la conciencia colectiva se va haciendo más indeterminada mientras mayor es el desarrollo de la división del trabajo y de la división de funciones.

En el planteamiento de Durkheim, si esa división de funciones no produce, por otra parte, un reforzamiento de la solidaridad orgánica, entonces es denominada «división anómica» (7). Esta expresión, en relación con el tema que se está tratando, puede inducir a pensar que el debilitamiento del binomio nación-estado es un fenómeno anómico o patológico, lo cual a su vez puede inducir a pensar que tal binomio tiene una legitimidad que le hace invulnerable por encima de los cambios socioculturales. También esto sería prejuzgar demasiado.

No hace falta entrar en la cuestión de si el desarrollo de la sociedad industrial se ha producido o no anómicamente. Basta con constatar que se ha producido.

El distanciamiento entre expresiones objetivas y realidad social, y por tanto el debilitamiento del nexo entre ambas, se puede explicar también por referencia al proceso de burocratización creciente, tal como lo describiera Max Weber, en cuanto que afecta a las mismas expresiones objetivas del binomio nación-estado. Quizá una de esas expresiones en que puede verse mejor el proceso de burocratización sea el derecho administrativo. El grado de desarrollo y complejidad que en los últimos cien años registra el derecho administrativo se puede tomar como índice de la complejidad y del carácter abstracto adquirido paulatinamente por la nación-estado, habida cuenta de que el derecho administrativo es quizá la mejor expresión del intento, por parte del estado, de acoger la totalidad de la realidad social.

Pues bien, a medida que el derecho administrativo se hace más complejo —y podría decirse lo mismo respecto del derecho fiscal, del mercantil e incluso del civil—, las conexiones o las mediaciones entre la realidad social y el estado-nación se van convirtiendo en redes burocráticas cada vez más espesas. Naturalmente las mediaciones burocráticas existen a beneficio de la nación-estado, para la mejor realización de sus fines propios, pero a medida que se van densificando, y sin dejar de ser medios para unos fines

(7) Me estoy refiriendo a los capítulos 3 del libro II y 1, 2 y 3 del libro III de *La división del trabajo social* de E. Durkheim.

que toda la colectividad puede sentir como suyos, se van convirtiendo también en obstáculos que impiden ver esos fines y sentirlos como propios.

Los sistemas mediadores pueden hacerse tan complejos y racionalizados que puede aparecer como inevitable o como ideal máximo la tecnocracia. Y la tecnocracia, la mayoría de las veces, lleva consigo la abdicación de los ideales políticos y del impulso a proyectar la propia identidad colectiva, porque implica transferir las responsabilidades individuales y solidarias a un pequeño grupo de expertos que, en su círculo esotérico, toman las decisiones pertinentes en orden a la mejor consecución de los fines propios de la nación-estado.

Entre la realidad social y su expresión objetiva y los cauces en que ésta pueda ser proseguida, se introduce la mediación de la ciencia y de la técnica, a las cuales se les confiere la responsabilidad de las decisiones. Pero la transferencia de responsabilidades en aras de la eficacia tiene un límite, traspasado el cual la eficacia ya no es un valor indiscutible, sino que entra en colisión con el valor de la propia identidad y puede aparecer como más débil que éste o incluso como carente de fundamento.

En efecto, la eficacia es un valor para una colectividad si ésta se experimenta a sí misma como tal, es decir, como una. Pero si la eficacia requiere una configuración de la colectividad tal que ésta deja de experimentarse a sí misma como una, entonces la eficacia no puede ser considerada por la colectividad como un valor *para sí*, sino, a lo sumo, como un valor para nadie, como un valor abstracto o como un no-valor.

A una colectividad en esa situación se la puede describir con el calificativo de «muchedumbre solitaria», o con el diagnóstico de «crisis de identidad» o el de «anomia de la solidaridad orgánica». En cualquier caso se trata de un debilitamiento o de una pérdida de la identidad colectiva.

No quiero decir con esto que el fenómeno en cuestión sea patológico. Muy bien puede considerarse igualmente como un fenómeno natural. Puede suceder que, en el momento en que se configura el binomio nación-estado, los valores de la propia identidad y de la eficacia estuvieran coimplicados de tal manera que uno no podía realizarse sin el otro ni ambos sin la nación-estado. Y puede suceder que, dado un proceso de densificación de mediaciones como el descrito, la conjunción anterior sea insostenible y que el valor de la identidad colectiva requiera otro tipo de expresiones culturales.

Si el desgaste de la identidad configurada por referencia a la nación-estado tiene las características señaladas, entonces resulta comprensible que, correlativamente a ese desgaste, se produzca un resurgir de los regionalismos como búsqueda de una nueva identidad. Desde esta perspectiva el regio-

nalismo no aparece como la emergencia de *fuerzas irracionales* que estaban dormidas.

Esta tesis es muy ambigua porque lo es el concepto de «fuerza irracional». Habría que definirlo con cierta precisión para ver si existe, es decir, para determinar sus referentes reales y establecer cuáles no son sus referentes. Sin estas precisiones el concepto de fuerza irracional puede aparecer, un tanto peyorativamente, como deseo que no se ajusta a la racionalidad que dio origen a la nación-estado, y entonces el concepto en cuestión no es muy legítimo, porque no es irracional, sin más, lo que no concuerda con un tipo muy específico de racionalidad.

La fuerza que impulsa la búsqueda de autoidentidad no es de suyo irracional; lo que ocurre es que puede ser interpretada como irracional mientras no encuentre su expresión adecuada y comprensible: si ello sucediera la fuerza no aparecería como «irracional».

Podría insistirse aún en que una tendencia que apunta a la particularidad y a la indigencia en contra de la eficacia y de la autosuficiencia es irracional. Pero, aparte de que no es evidente que ése sea el caso de los regionalismos, aunque lo fuera, habría que añadir a lo ya dicho el tipo de observación que G. K. Chesterton —autor nada sospechoso a este respecto— pone como fundamento de sus convicciones democráticas.

Su observación es que hay tres actividades que un hombre siempre tiene que poder realizar por sí mismo, aunque las haga mal, a saber, limpiarse sus propias narices, elegir a su propia mujer, y decidir los asuntos públicos. Podría añadirse, educar a sus propios hijos y varias actividades más de índole semejante.

Si entre el hombre y el objetivo al que apuntan esas actividades se introduce una mediación científico-técnica muy espesa, tanto que llegara a asumir el protagonismo y la responsabilidad de las actividades mismas, el resultado sería o un rechazo de esos sistemas de mediación o un desinterés por el fin de esas actividades. En este segundo caso, el desinterés puede implicar una crisis de identidad en tanto que marido, en tanto que ciudadano o en tanto que padre-educador de los propios hijos. Sería la situación, caricaturizada por el sentido del humor británico, del padre de familia que se retrae de besar a su hijo o de reprenderlo por no haber leído sendas monografías en las que se explica cómo hay que hacer bien ambas cosas.

El símil vale también para el caso de los regionalismos, y conduce nuevamente a la tesis de que si las exigencias de la eficacia disuelven la identidad propia, entonces la eficacia deja de ser un valor.

Para responder de un modo más acabado a las preguntas: ¿Por qué se debilita una identidad durante un tiempo vigente? y ¿cómo son las ma-

nifestaciones de ese debilitamiento?, hay que hacer todavía algunas matizaciones.

La identidad se debilita porque el cambio sociocultural provoca un desajuste de los factores cuya conjunción la había constituido. El binomio nación-estado podía ser más consistente mientras más factores del sistema sociocultural integrase (religión, ética, estética, derecho, economía, ideología política, etc.), de un modo más o menos explícito o más o menos subliminal e inconsciente, y podía ser menos consistente a medida que esos factores entrasen en conflicto —más o menos explícitamente— con él.

Cada nación europea es un ejemplo diferente de cohesión y de conflicto entre esos factores, algunos de los cuales adquirirían en su dinámica una tendencia a la superación de las nacionalidades: por ejemplo, las ideologías políticas, la economía y la industria, los sistemas de defensa militar. En esa dinámica, tales factores podían ir apareciendo cada vez como más abstractos y complejos, lo mismo que la nación-estado. No es del caso ahora la correlación o el tipo de relaciones causales entre el proceso por el cual la nación-estado se transmutaba en algo cada vez más complejo y abstracto y el proceso por el cual seguían una deriva semejante las ideologías políticas, la economía y la industria, los sistemas de defensa militar, los ordenamientos jurídicos, etc.

Lo pertinente, en relación con el tema que nos ocupa, es el hecho de que, a medida que esos factores aparecen a la conciencia colectiva como abstractos e inconexos entre sí, y como desconectados de la religión y la ética, que son los factores máximamente aglutinantes, aparecen, por eso mismo, como cada vez más vacuos y sin sentido. Entonces la situación socio-histórica es máximamente propicia para la irrupción de los movimientos contraculturales, de los movimientos de retorno a los orígenes, de vuelta a la naturaleza, a lo concreto, etc., movimientos que cabe detectar, además de en el plano sociológico, en los ámbitos de la filosofía, el arte, la religión, etcétera. ¿Qué es lo que manifiestan los movimientos contraculturales?: la captación de una alienación y su rechazo, o lo que es lo mismo, el sentimiento de pérdida de la propia identidad y el intento de reencontrarla. Ahora la nación-estado puede aparecer como superestructura y como alienación, pero antes no. Antes aparecía, justamente, como vía de autorrealización, como identidad colectiva satisfactoria.

Las ideologías políticas, con su deriva supranacionalista, podrán aparecer ahora como lo sospechoso desde los sentimientos regionalistas —como desde los contraculturales—, y el conflicto con ellas se planteará en la forma de hacer prevalecer la región sobre el partido político. Por otra parte, los movimientos que ahora parecerían como más naturalmente aliados del

regionalismo serían los ecologistas, porque a diferencia de las ideologías que provienen del siglo XIX, no se centran sobre ideales tan abstractos (o sea, que ahora resultan tan abstractos) como los de sistema socioeconómico perfecto o armonía perfecta de voluntades, sino sobre realidades tan concretas y perceptibles como esta tierra y este paisaje en el que el grupo humano vive. Y además, la corriente ecologista puede resultar reforzada —y el regionalismo también— al integrar un factor de tanta potencia aglutinante como la religión, lo que acontece con características muy interesantes en los casos en que ésta adopta la forma de neopaganismo (8).

Con esto pueden considerarse un poco más completamente contestadas las preguntas sobre el por qué y el cómo del debilitamiento de una identidad colectiva durante un cierto tiempo vigente.

Tal debilitamiento —se ha dicho— es solidario de la necesidad de una nueva identidad y de la búsqueda de ella. Pues bien, ¿por qué es necesaria una nueva identidad? y, en general, ¿por qué es necesaria la autoconciencia de identidad colectiva por referencia a expresiones objetivas? Porque el hombre necesita saber en cierto grado quién es para poder serlo, para afirmarse a sí mismo como tal, para actuar, para no disolverse, y porque en tanto que ser social por naturaleza, necesita saber en cierto grado qué sociedad es la suya para poder ser social existencialmente (vale decir, en acto segundo), para ser solidario con otros hombres en su ser social y en su acción, para no disolverse en el abismo de la soledad. El hecho de que el hombre sea un ser consciente de sí y de lo que no es él, o sea, consciente del mundo, del hombre y de Dios, tiene sus exigencias y repercusiones en la configuración de las sociedades humanas, que resultan así muy heterogéneas de las agrupaciones animales y de las colonias vegetales. Las sociedades humanas, para constituirse y mantenerse, requieren autoconciencia de la propia identidad colectiva, y ello sólo se alcanza por referencia a expresiones objetivas, es decir, a productos culturales.

Ahora es el momento de formular la pregunta por las características de la nueva identidad que requieren los regionalismos.

La búsqueda y la configuración de la identidad colectiva transcurren por múltiples cauces: folklore, arte en todas sus manifestaciones, estilos religiosos, costumbres y leyes, instituciones, órganos de opinión pública, acción política, etc. Todos estos factores son mediaciones entre la sociedad y ella misma, o, para expresarlo con términos de la filosofía clásica, entre la socie-

(8) Creo que en este sentido el regionalismo del país vasco en España es digno de atención para la antropología sociocultural.

dad como acto primero (naturaleza social del hombre) y la sociedad como acto segundo (configuración cultural de cada sociedad en concreto).

Cuando el cauce por el que transcurre la búsqueda con más intensidad es la acción política, y según el objetivo al que ésta apunte (que puede ir desde una autonomía mínima en el seno de la nación-estado hasta una soberanía absoluta incompatible con ésta), puede parecer que se prefiere el valor de la propia identidad al de la eficacia. Ya antes se dijo por qué y cómo puede suceder esto y por qué no es irracional, y también se dijo que ese no era el caso de los regionalismos por regla general, puesto que no es evidente que el mantenimiento del binomio nación-estado sea lo más eficaz.

Si la búsqueda de la identidad transcurre con la mayor intensidad por el cauce de la acción política, puede ocurrir que la afirmación de esa identidad implique, de suyo, mayor eficacia, como anteriormente la nación-estado implicaba una eficacia mayor. Más aún, puede ocurrir que en la búsqueda de la nueva identidad se experimente como necesario poseer en sí (en una medida que varía según los casos) el centro de la propia autodeterminación, es decir, el poder político. De la misma manera que un individuo para experimentar su ser-yo y para serlo necesita, además de tener voluntad, un ámbito de competencias más o menos amplio sobre el que ejercerla, un ámbito para sus decisiones del cual pueda sentirse responsable.

Desde este punto de vista, ser sí mismo, en tanto que individuo y en tanto que colectividad, implica decidir por sí mismo y ser eficaz —o no serlo— por sí mismo.

Es posible que al configurarse la nación-estado no se planteara este problema porque el grado de solidaridad —de identificación— de las regiones con ella fuera tan intenso que las regiones experimentasen las acciones y decisiones de la nación como propias, o porque las regiones tuvieran un grado de autonomía que se experimentaba suficiente para expresar satisfactoriamente la propia identidad. Esto implica que, al debilitarse la identidad colectiva que venía expresada por la configuración del binomio nación-estado, la nueva identidad que se busca postule una autonomía mayor, y, en algunos casos, soberanía absoluta.

Entonces aparece el conflicto político en la forma de choque con la nación-estado, y esto hace que en los regionalismos haya una dimensión de violencia, por supuesto variable según los casos, cuyas manifestaciones mínimas se registran desde la psicología social en la forma de susceptibilidad y recelo.

En efecto. Si se trata de alcanzar la propia identidad colectiva, en un intento frente al que aparece el obstáculo de la nación-estado, quien más amenaza la propia identidad es quien se opone a ella desde fuera: así,

quien no es *uno de nosotros* y pertenece al ámbito de la nación-estado que se opone, puede aparecer como un enemigo. Su presencia se puede vivenciar oscuramente como implícito ataque a la propia identidad colectiva, y entonces surge la susceptibilidad y el recelo, que en casos extremos puede llegar a ser odio al forastero, es decir, al que pertenece al ámbito de la nación-estado.

Este recelo tiene también su correlato en el plano de la psicología individual. En las situaciones en que un individuo intenta configurar su propia identidad por referencia a un ideal al que aspira y que intenta realizar en sí mismo —por ejemplo, en la adolescencia—, la simple discrepancia por parte de otro individuo respecto del ideal en cuestión se puede vivenciar como un ataque personal, y se puede experimentar frente al otro recelo o incluso odio.

Cuando la identidad, individual o colectiva, está ya sólidamente constituida, la susceptibilidad disminuye, y se vivencia como ataque lo que efectivamente lo es.

Tras estos análisis se podría decir que la fuerza que impulsa los regionalismos es de naturaleza muy similar, si no igual, a la que impulsó los nacionalismos.

Cabe pensar que en las naciones de naturaleza simple y en las que han estado sometidas mucho tiempo a presiones externas, no es muy probable que el regionalismo aparezca como un problema grave: ni en naciones antiguas, como Portugal, Irlanda y Polonia, por ejemplo, ni en otras recientes como Malta o Barbados, porque en ellas las diferencias entre nación y región son mínimas o inexistentes.

En las naciones de naturaleza más bien sintética, antiguas como España y el Reino Unido o más modernas como Italia y Checoslovaquia, cabe pensar, por el contrario, que el regionalismo sea un problema históricamente recurrente, a tenor de las crisis de identidad de la nación-estado y de las regiones, puesto que tanto los sentimientos nacionales como los regionales, por haber tenido expresiones objetivas satisfactorias durante prolongados períodos, pueden estar arraigados con igual fuerza en forma de hábito en los diversos sectores sociales.

Por último, en las naciones de reciente constitución, como son la mayoría de las africanas, de naturaleza máximamente artificial y abstracta, cabría pensar que el regionalismo puede surgir como problema grave. Estas naciones, al constituirse por convenciones administrativas, pueden considerarse, por eso mismo, como síntesis *a priori*, pero no por ello se puede deducir que el regionalismo surgirá en ellas como un problema grave. Muy bien

podiera ocurrir que esas síntesis artificiales actuasen como catalizadores de síntesis bien integradas y estables.

En realidad, estas analogías no se pueden llevar hasta sus extremos, porque el proceso de formación o desmembración de una nación por unión o separación de una constelación de regiones no es homologable al de una reacción química, cuyas características son las mismas en todo tiempo y lugar. Los estados de la conciencia colectiva y de los factores socioculturales tienen derivas temporales que no se pueden prever y que impiden la construcción de modelos teóricos tan permanentemente válidos como los de las reacciones químicas. La sociología y la antropología sociocultural no pueden trabajar al margen de la historia (9).

A la pregunta por las características que requieren las nuevas identidades regionales, habría que responder, después de lo dicho, que lo que se requiere es, al menos en el caso de España, autodeterminación política. ¿En qué grado? ¿Qué tipo de acción política conduciría a la consecución de un objetivo semejante? Con esto llegamos al último punto del presente estudio.

4. ALCANCE Y LIMITES DE LA ACCION POLITICA

Se ha dicho al comienzo de este trabajo que el regionalismo no es sólo, ni tampoco quizá principalmente, un problema político. Si es así, entonces el problema no requiere sólo una solución política.

Encontrar la propia identidad es inventar expresiones objetivas, símbolos, instituciones, etc., que estén bien ajustados a los deseos colectivos y que los encaucen lo mejor posible, es decir, lo más fecundamente posible. Esto compete a los creadores de símbolos-proyectos (10) en el ámbito del arte, la religión, la moral, el derecho, el folklore, la economía, la administración, etcétera, lo que excede con mucho los límites de la acción política.

Tampoco se trata de minimizar el alcance de ésta: aunque la hipótesis de que si en 1640 Cataluña hubiera seguido la suerte de Portugal tendría una personalidad más rica que la que tiene ahora es inverificable, sin embargo, sí se puede afirmar que tendría otra personalidad distinta. Junto a eso, y suponiendo que Cataluña hubiera adquirido la independencia en 1640, también se podría decir que la posibilidad de desarrollar una rica per-

(9) Para una consideración pormenorizada del regionalismo en la península ibérica, cfr. *La España de las autonomías*, 2 vols., Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1981.

(10) La expresión «símbolos-proyectos» la utilizo en el sentido de lo que Paul Ricoeur llama «Símbolos prospectivos». Cfr. P. RICOEUR: *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, Madrid, 2.ª ed., 1973, pág. 440.

sonalidad propia e incluso de mantener la independencia habría sido directamente proporcional a la fecundidad de sus creadores de símbolos-proyectos como los antedichos, la cual fecundidad podría haber sido la misma sin independencia.

Dicho de otra manera: la acción política tiene unos límites, traspasados los cuales se expone a fracasar como acción política. Como señala irónicamente C. Pereira, la revolución inglesa del siglo XVII alcanzó sus objetivos porque eran estrictamente políticos, y, en cuanto tales, modestos, a saber, establecer un sistema parlamentario determinado y entronizar una dinastía determinada, con lo que logró un sistema político que se ha mostrado el más estable de Europa. La revolución francesa del siglo XVIII se propuso mucho más: desde crear una divinidad nueva hasta crear unos hombres nuevos, iguales, fraternos y libres, pasando por una cronología semanal, mensual y anual nuevas. Desde luego, no se puede decir que alcanzara sus objetivos, ni que lograra un sistema político estable (11).

Con esto puede entreverse en alguna medida el alcance y los límites de la acción política, y lo que cabría entender por acción política razonable en relación con el problema de los regionalismos. No es razonable una acción política paranoica.

Aquí querría precisar que acción política paranoica no es lo mismo que acción política suicida: esta puede no ser irracional. Aunque algunos aspectos del regionalismo vasco en España y del norte-irlandés en el Reino Unido puedan aparecer como suicidas e irracionales, no aparecen así desde la perspectiva de una subjetividad —individual o colectiva— con un sentimiento de humillación y de opresión tal que llega a preferir la muerte antes que una vida en esclavitud. Sentimientos de ese tipo, que han llevado a decisiones afines al suicidio colectivo, los ha habido concretamente en la historia de España: por ejemplo, los casos de Numancia y Sagunto. Pero el estado de indeterminación de la conciencia colectiva en la actualidad es tal que la analogía resulta chocante, y eso mismo hace improbable que se repita un fenómeno así más de veinte siglos después.

Una acción política que apunta a la constitución de la identidad regional es razonable si se ajusta al cambio socio-cultural real, a la situación actual y a la que se tiende. Es decir, si articula los sentimientos regionales y nacionales realmente vigentes de tal forma que ambos puedan ser satisfechos. Y en este sentido hay que decir que, si el sentimiento regional coexiste con el nacional en un mismo individuo o en una misma colectividad, entonces la

(11) Cfr. C. PEREIRA: «Doce tesis sobre la política», en A. Llano y otros, *Ética y política en la sociedad democrática*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, págs. 143-144.

acción política regionalista que transcurre por el cauce suicida no es razonable, o sea, es irracionalmente suicida en tanto que es negación de la realidad, o lo que es lo mismo, negación al entendimiento.

Acción política razonable no significa *descubrir lo que va a acontecer* y favorecerlo, porque en el ámbito de la política, como en el del arte, el derecho, etc., no hay procesos determinados: se trata, como se dijo al principio, de configuración poética, esto es, de *encontrar* en el sentido de *inventar* expresiones objetivas entre varias posibles: el margen es amplio, y esa amplitud no se salva por deducción, sino por invención, y en la invención, en la *poiesis*, cuenta, por supuesto, la genialidad del poeta, que naturalmente deja su impronta.

Si se trata de constituir, mediante productos culturales, una identidad colectiva, ésta será tanto más satisfactoria y consistente mientras más factores socioculturales integre. En el plano concreto de la actividad política la tarea se encuentra con varias dificultades: en primer lugar, que coexisten en la misma colectividad sentimientos regionalistas y nacionalistas con una intensidad y proporción variable y difícil de captar en su realidad; en segundo lugar, que aunque efectivamente el estado moderno se encuentra en situación de crisis, no por ello está dispuesto a renunciar espontáneamente a los poderes que ha acumulado; en tercer lugar, que las ideologías políticas, bien porque nacieron solidariamente con el estado moderno y tienen una deriva nacionalista o internacionalista, bien porque aspiran a la mayor cantidad posible de poder y por tanto a conquistar el estado, tienen hacia los regionalismos unas actitudes que, en los casos más favorables, son de mera tolerancia. De hecho en el caso concreto de España no hay partidos políticos nacionales que no hayan entrado en conflicto con los regionalismos.

Pero estas dificultades no hacen imposible la acción política que tiene como objeto constituir, en su nivel, la identidad colectiva regional. Sin duda, la configuración artística que compete al político es más ardua que la que compete al poeta, al pintor o al músico, porque los materiales que estos tienen que armonizar —palabras, colores o sonidos— son menos cambiantes y menos conflictivos entre sí que los materiales que tiene que armonizar el político, a saber, voluntades humanas libres, o sea, creencias religiosas, aspiraciones éticas y jurídicas, intereses económicos, afanes de poder, etc. Por eso Aristóteles decía que la política es la más difícil y noble de las artes.

Pero ya que se trata del arte más difícil, no hay que convertirlo en imposible asignándole tareas inalcanzables u objetivos paranoides. Cuando eso ha ocurrido los resultados fueron el desprestigio de la actividad política, el desprecio o la indiferencia hacia ella.

La mayoría de los regionalismos no aspiran a una soberanía absoluta, y en los que sí se pretende eso la aspiración no es de toda la colectividad, sino de sectores radicalizados y, por eso mismo, minoritarios. Quizá no es posible desmembrar la nación-estado, quizá no es necesario, quizá no es deseable. Pero quizá es posible, quizá necesario y desde luego deseable que las regiones alcancen una identidad colectiva lo suficientemente consistente y satisfactoria como para que la presencia del forastero no se vivencie como una amenaza, la nación-estado no se vea como opresora y realmente no lo sea, y se puedan realizar en alguna medida los proyectos-deseos en los que la colectividad se expresa y se posee a sí misma como unidad.

Como se ha dicho, eso no es tarea sólo, ni quizá principalmente, del arte político, pero en su esfera específica, su aportación a la solución del problema tendría que ser conseguir un grado y un ámbito para la autodeterminación política lo más congruente posible con la identidad que la región requiere. Lograrlo con el menor costo posible, o del modo más satisfactoriamente posible para todos los sentimientos políticos, intereses económicos, aspiraciones ético-jurídicas, etc., es ya más que una acción política razonable: sería una acción política genial.

